

# inconformismo vital y otros relatos cortos



Déborah Fernández Muñoz



## *Prólogo*

Lo reconozco, no tengo ni idea de cómo hacer un prólogo porque nunca he hecho ninguno. Bueno, sí, he hecho el de mi otra antología de relatos, pero es más una divagación de las mías que un prólogo. Y este va por el mismo camino, pero ¿para qué engañarnos? No sé hacer prólogos porque nunca los leo. Y es que estoy tan ansiosa por leer la historia que me salto todo cuanto no tenga que ver con ella. Pero bueno, la cosa es que me he propuesto hacer un prólogo en las dos antologías y eso es lo que voy a hacer, aunque divague.

Creo que lo primero es presentarme (cosa que no hice en el prólogo de *La locura del Guardián y otros cuentos*). Soy Déborah Fernández Muñoz y pretendo convertirme en escritora. Quizás no una escritora de renombre (soy realista, aunque de soñar también se vive), pero sí en una escritora que aporte algo a sus lectores. Ese “algo” puede ser una buena historia, una buena forma de escribir, un sentimiento... no importa, mientras no deje indiferente. Tengo varios blogs, dos de ellos novelas por entregas (viajera interdimensional e incursores en la sombra) y otro, escribolee, en el que cuelgo mis relatos y otras cosas. Estos relatos han salido de este último.

¿Por qué recogerlos en un libro si ya están por la blogosfera? Pues, principalmente, por comodidad del lector y porque me ha quedado muy mona la portada. Ahora en serio, los recojo en un libro

porque me parece que merecen la pena (si no, no los colgaría). A mí me gustan (desde mi parcialidad, por supuesto) y a los seguidores de mi blog (que son pocos pero saben del tema) también. Espero que os gusten a vosotros también.

Déborah Fernández Muñoz

## *Índice*

Inconformismo vital .....	6
Guillotina.....	10
Encuentros .....	14
Crack.....	30
La red.....	32
Venganza .....	34
Flechazo.....	35
Historia de una frase .....	51
Día rebelde.....	52
Carbón .....	60
El día en que cambiará su vida .....	61
La dama y la torre.....	65
El alquimista .....	67

## *Inconformismo vital*

La joven recién licenciada pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y que desde que empezó la universidad, siempre se había preguntado cómo hubiera sido su vida si se hubiera ido por ciencias, como le aconsejaban todos, y no por letras. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven recién licenciada pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y siempre había querido saber qué hubiera sido de ella si hubiera decidido trabajar en vez de estudiar. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven trabajadora pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y que siempre se había preguntado qué hubiera pasado si no hubiera dejado a su novio del instituto cuando acabaron el bachillerato. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven trabajadora, divorciada después de dos años de matrimonio, pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y que siempre se había preguntado qué hubiera pasado si hubiera tenido hijos. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven trabajadora, madre de dos hijos, pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y que siempre le hubiera gustado saber si su vida hubiera sido mejor si hubiese dejado a su novio del instituto antes de casarse y tener hijos. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven trabajadora, soltera, pasa por delante de la tienda de la adivina, le pica la curiosidad y decide entrar. Cuando la anciana pregunta qué desea saber, ella responde que no le termina de gustar su vida y desea saber, si es posible, cómo hubiera sido su vida si no hubiera dejado los estudios y se hubiera ido por letras, que era lo que le habría gustado hacer. La vieja adivina le muestra un espejo y le pide que mire fijamente...

\*\*

La joven recién licenciada vuelve a la realidad y aparta su vista del espejo, ahora un espejo común y corriente, y mira interrogativamente a la anciana adivina, que la mira a su vez divertida desde detrás de su bola de cristal.

-No lo entiendo ¿Qué es lo que he visto exactamente?- pregunta desconcertada, en vista del silencio de la adivina.

-Lo que has visto no es ni más ni menos que eso, presentes alternativos, lo que hubiera ocurrido si te hubieras decantado por otra opción diferente a la que has escogido para vivir.

-Pero yo no soy como ellas, al menos en algunos detalles.

- Las decisiones que tomamos nos dan forma como seres humanos y determinan nuestro futuro, por mínimas que sean. Eras tu, pero a la vez no lo eras. Eras lo que habías elegido ser.

-Pero ¿por qué siempre aparecía en esta tienda, preguntando por lo que podría haber sido?

-¿Quién sabe? Posiblemente, porque tú estabas destinada a aparecer aquí, quizás para aprender algo, quizás simplemente para matar tu curiosidad, o quizás por ningún motivo en particular.

-¿Cómo es posible que siempre dijera lo mismo, que no me termina de gustar mi vida?

-Ah, muchacha, pero eso está en la naturaleza humana. ¿Qué seríamos si no lo cuestionáramos todo, incluso nuestras propias decisiones? ¿Quién



no mira atrás de vez en cuando, sobre todo en las decisiones difíciles? ¿Qué clase de seres humanos seríamos si nos conformáramos con lo que tenemos?

La joven universitaria, incapaz de responder, pagó lo acordado con la adivina y se marchó de la tienda. Tenía mucho en lo que pensar.

## *Guillotina*

Marie paró a descansar un poco los brazos. Hacía rato que llevaba su carga a la granja y estaba agotada. No entendía como Nicole y Jean-Jacques podían llevar tanto peso de un tirón. <Esto no debería estar pasándome> pensó con todo el cuerpo dolorido <estas tareas son para plebeyos> Hacía más de un año que tenía que realizar esas horribles tareas, para protegerse. Tendrían que haber huido a Inglaterra cuando retuvieron al rey en el palacio de las Tullerías, pero sus padres habían sido orgullosos hasta el final y habían permanecido en el castillo esperando que todo pasara. Acabaron con las cabezas clavadas en una pica. Ella y su hermana habían escapado gracias a Nicole y Jean-Jacques, que eran sus siervos por entonces. Su hermana no era de ayuda. Tantas muertes la habían enloquecido y vivía creyendo que seguía siendo todo como antes de esa horrible noche en que se vieron obligadas a huir. Sabían que tarde o temprano las descubrirían por su culpa, así que la habían encerrado.

A Marie no le gustaba pensar en el pasado, porque luego la realidad la golpeaba más fuerte, pero a veces no podía evitarlo. Recordaba las fiestas, los bonitos vestidos, las reuniones sociales, sus viajes a París, sus padres...y, en definitiva, todos esos años en los que cargar con un montón de forraje para los animales era algo inimaginable. Ahora estaban todos muertos o exiliados.

Lo irónico de todo, era que todo lo habían desencadenado los nobles, todo por no querer pagar impuestos. O, más bien, por su orgullo, ya que los impuestos no les iban a arruinar, pero ¿cómo iban a ponerles a ellos a la altura de los plebeyos? Ahora, los nobles no solo estaban a la altura de los plebeyos, sino que además eran gente sin identidad: si alguien los descubriera, a las autoridades, serían guillotinado junto con el resto. Los había visto morir a todos, uno por uno.

Volvió a cargarse el forraje a la espalda y se dirigió a la granja. A veces deseaba soñar todo el día, como su hermana, sin ser consciente de la realidad. Porque la realidad era más que espantosa. Pasaba hambre, estaba cansada, y sucia, y vivía con miedo constante. Suspiró y continuó andando.

Cuando llegó a la granja, Jean-Jacques salió corriendo de la casa con cara de preocupación.

-¡Marie!-dijo cuando llegó a su altura. En otros tiempos la había llamado mi señora.- Jeane ha desaparecido, no la encontramos por ningún lado.

Marie soltó el forraje en el acto y corrió hacia la casa, donde Nicole la esperaba ya con la capa puesta. Corrieron por el camino hacia el pueblo, pensando que el que lo hubiese seguido era lo más lógico. No se equivocaron.

....¡Vamos! ¿a qué estás esperando? Te digo que tienes que avisar al rey de que he sido secuestrada y tratada con tan poco respeto ¡Date prisa, plebeyo, o

te haré encarcelar! ¡No me hagas que te lo vuelva a repetir!

-¡Jeane!-lo que estaba diciendo era motivo más que suficiente para acabar en la guillotina. La más mínima sospecha, o acusación falsa eran bastante-querida, desvarías. Perdónela, señor, desde la muerte de los nobles para los que trabajábamos, ella se cree una de ellos-dijo con su mejor sonrisa al hombre al que su hermana había gritado en medio de la calle, rezando por dentro para que lo pasara por alto. Pero, una vez más, Dios hizo oídos sordos a sus plegarias.

\*\*

Estaba atado con las manos a la espalda, la última de una larga fila de personas que esperaban para ser ejecutadas. Nicole y Jean-Jacques se habían salvado por muy poco, ya que eran queridos en el pueblo y el resto respaldó su versión de que habían contratado a Marie sin saber quien era y de que no sabían de dónde había salido Jeane. Ahora estaban ahí, en medio de la turba, para demostrar que odiaban a los nobles y el resto de los traidores, para salvarse. Le tocó el turno a Jeane.

-¡Esto es indignante! ¡El rey os hará matar a todos! Plebe-no llegó a terminar la palabra, pero quedó suspendida en el aire.

La fila fue haciéndose más corta, hasta que le llegó el turno a Marie. Rezó por que acabara rápido. En cierto modo, la estaban liberando, porque lo que había tenido que soportar era peor que la muerte.

No le quedaba nada, y todos se habían ido. Ahora por fin se reuniría con ellos.

La hoja de la guillotina cayó como un rayo, y Marie descansó al fin en paz.

## *Encuentros*

*Domingo por la mañana. Vestíbulo del centro comercial*

### **Estrella**

Era principio de mes y, como acostumbraba, se iba a aprovisionar de libros con el dinero de la paga que le daban sus padres. ¿Qué mejor sitio que un centro comercial para ello? Así que allí estaba, mirando el cartel informativo para ver a qué planta tenía que dirigirse, porque era la primera vez que visitaba el centro comercial, inaugurado, no obstante, hacía varios meses.

En el momento que se giró para ir a las escaleras, le vio. Ese idiota del primo de su mejor amiga, Roberto.

No tenía nada de ganas de hablar con él, así que pensó “Haré que no le he visto”

### **Roberto**

Ese día prometía ser un auténtico aburrimiento. Tenía que comprarle un regalo a su prima y, como no, no tenía ni idea de qué comprarle. Aunque se llevaban bien, no salían con la misma gente, ni tenían los mismos gustos en nada.

Mirando el cartel, mientras hacía tiempo hasta que se le ocurría algo, la vio. La friki de la amiga de su prima Sara, Estrella.

No le gustaba demasiado y nunca había intercambiado con ella más de tres frases seguidas, así que pensó “Fingiré que no la he visto”

### *Sección de música del centro comercial*

#### **Estrella**

Ya que estaba allí, iba a comprarse un disco. Había sido una decisión espontánea, algo poco propio de ella, que acostumbraba a planificar hasta el más mínimo detalle cuando se trataba de administrar su paga, ya de por sí escasa. No obstante, guardaba un pequeño fondo para ese tipo de caprichos sin planificar, y ahora iba a aprovecharlo para comprarse el CD nuevo de su grupo favorito. Ese día había decidido que, por un mes, no se lo iba a gastar todo en libros.

Una vez localizado el disco que quería, se encaminó hacia las escaleras para subir a la cuarta y última planta que, cómo no, era la de los libros. Y allí estaba él otra vez. Lo cierto era que ya tenía bastante con tener que tratar con él y su aire de superioridad las escasas ocasiones en que su amiga Sara se paraba a hablar con él, así que, por segunda vez, fingió no haberle visto.

#### **Roberto**

Ya que tenía que pasar por el calvario de encontrar un regalo decente para su prima, había decidido que lo mejor era darse un capricho antes. Se fue directo a buscar el CD nuevo de su grupo favorito y se encontró con que la extraña mujercilla que se decía amiga de su prima estaba con el mismo CD

que él quería en la mano. “Quizá no tenga tan mal gusto como creía” se dijo a sí mismo mientras, fingiendo mirar otro estante, esperaba a que ella se decidiera, ya que si se acercaba no tendría más remedio que hablar con ella.

Por fin se dio la vuelta hacia las escaleras disco en mano, y le lanzó una mirada rápida. “Me ha visto, vaya, ahora tendré que hablar con ella”, pensó. Pero ella pasó de largo sin decirle ni un solo hola. “Si es que esa chica está siempre en las nubes, hay que ver, no darse cuenta de que estoy aquí... ¿O sí se ha dado cuenta?” Pero eso era imposible, porque era raro que las chicas le ignoraran de una forma tan descarada, a menos, claro, que fuera una de esas ridículas estrategias para ligar, y no solían durar mucho. “¿Por qué estoy dando vueltas a esto? Me haya visto o no, es una suerte que no me haya hablado” Pensaba esto, pero lo cierto es que se había quedado algo mosqueado con el no-saludo de Estrella.

### *Sección de librería del centro comercial*

#### **Estrella**

Cargada de libros, tanto que apenas podía ver por donde pasaba, calculó que aun así le quedaba la mitad del presupuesto, porque, por suerte, sus padres le habían dado una paga extra por sus buenas notas. Así que decidió ir a su sección favorita: la de literatura fantástica y de ciencia ficción.



Aunque lo cierto era que leía de todo, su pasión por este tipo de libros la había dado la fama de “friki”, lo que a su vez había ocasionado una escasez en su lista de amigos. Por suerte, hacía dos años había encontrado a Sara, que compartía sus extraños gustos literarios pero era algo más abierta con los demás. Desde entonces, se había integrado a la perfección en su grupo de amigos. “Va a ser su cumpleaños dentro de poco, tengo que comprar mi parte del regalo”, recordó de repente. Sus amigos y ella habían planeado comprarle cada uno un libro de una saga que quería, y todos lo tenían ya comprado menos ella, que nunca tenía dinero a no ser que fuera a principios de mes. Por suerte, localizó el regalo de su amiga en seguida “Menos mal que no está agotado, como la última vez...” Lo cierto era que no quería ni recordarlo. Se había recorrido todas las tiendas en un radio de 25 kilómetros a pie, para al final encontrarlo en la última tienda visitada. Aunque andaba rápido, le había llevado casi un día entero encontrarlo, porque encima se perdió.

Dejando el montón de libros que ya iba a comprar a un lado, se puso a mirar con detalle todas las novedades que habían salido. Y en un momento dado, le volvió a ver. “¿Este bobo en la sección de librería? Cualquiera lo diría...¡Y yo que pensaba que lo máximo que alcanza a leer son los carteles publicitarios, y porque tienen poco texto!” Volvió a ignorar su existencia, aunque la había visto, y siguió con las novedades. Cuando acabó con ellas,

se acuclilló y miró todos los libros del estante de abajo, perdiendo la noción del tiempo.

### **Roberto**

Desesperación. No había otra palabra que definiera mejor lo que sentía en esos momentos. Había recorrido las secciones de DVD, música, ordenadores... sin éxito. Ya llevaba tres llamadas a su tía para ver si tenía algo interesante, y la respuesta siempre había sido “Sí que lo tiene”. Finalmente, había decidido probar con la sección de librería. Su prima leía mucho, aunque no tanto como la loca de su amiga. Esa llevaba un libro hasta para ir a la piscina., la muy cutre.

Antes de irse a la sección de frikis, tomó la decisión de pasarse por las que le gustaban a él. Filosofía, narrativa, en otros idiomas... Al contrario de lo que se solía pensar debido a su imagen de chico popular, él también era un ávido lector (de cosas normales, eso sí), y lo cierto era que sacaba unas notas muy buenas. Pero no iba por ahí pregonando sus méritos como Estrella. De alguna forma, ella se las ingeniaba para que todo el mundo supiera que era la niña modelo. Insufrible.

Fue con esa última palabra pensada cuando volvió a verla. Esta vez no se extrañó ¿Dónde, si no, iba a estar la intelectual? Esta vez, ella levantó la cabeza y cruzaron una mirada. Esta vez sí que era imposible que no le hubiera visto. Pero, por tercera vez en ese mismo día (ahora estaba seguro de que así era), le volvió a ignorar. Ni una sonrisa, ni un gesto, ni un saludo, simplemente cogió otro libro y

se puso a leer la contraportada. “¿Pero qué le pasa a esa chica? ¿Es que pretende fingir que no me ha visto? ¿Quién se cree que es para ignorarme así? Pero, por otro lado ¿Por qué me importa tanto?” Pensaba malhumorado, mientras buscaba algún libro que le animase.

Luego llegó el momento fatídico. Lo había demorado un montón, pero ya no tenía excusa. No le quedaba nada más que una sección. Y allí se fue. Por suerte, se había ido ya esa maleducada. O al menos eso pensaba, hasta que la vio al otro lado del expositor de novedades, tirada en el suelo y mirando la contraportada de otro libro, con una enorme pila de libros a su lado coronada por el CD de su grupo favorito.

Ella le había ignorado, y él hizo lo mismo. Hasta que la desesperación pudo con él. No sabía qué comprarle a su prima... y ella era su mejor amiga. Era su oportunidad de averiguar qué comprarle... aunque para ello tuviera que soportar un rato de charla con esa chica insoportable.

## **Estrella**

Tan ensimismada estaba con la lectura del argumento del libro que tenía en mano que cuando alguien la tocó el hombro para llamar su atención pegó un gran bote y se dio con la cabeza contra la estantería en que estaba apoyada. El que es torpe es torpe, qué se le va a hacer. Levantó la cabeza para ver quién era el causante y se encontró cara a cara con los ojazos azules del primo de su amiga. “¡Maldición! ¿Es que este chico no capta las

indirectas? ¿Qué debo hacer para que se de cuenta de que no quiero hablar con él? ¿pegarme un cartel en la frente?” Resignada, preguntó

-¿Sí?

-Eres amiga de mi prima –dijo él tan tranquilo. “Comprobado, es tonto”

-Sí –respondió, sin saber qué más decir.

-¿Sabes que va a ser su cumpleaños? –volvió a decir. “¿Quiere ir a parar a algún sitio o solo quiere hablar por hablar?”

-Sí –volvió a responder. En otra situación, le habría respondido con algún sarcasmo, pero es que estaba totalmente desconcertada. Y lo cierto era que el chico imponía. Le gustaba, por lo menos en el ámbito físico, y su cercanía le provocaba una revolución hormonal siempre, pero desde el primer momento había decidido que era un idiota y ella siempre tomaba sus decisiones y hacía sus amistades con racionalidad. Y su razón la decía que se alejara de él.

-¿Sabes ya qué comprarle? – preguntó Roberto indeciso. “¿A qué viene el interrogatorio”

-Sí –repitió “¿Qué hago para librarme de este pesado?”

-¡Estupendo! Me preguntaba si podrías ayudarme a buscarle un regalo adecuado –dijo con la que seguro era su sonrisa más encantadora. Seguro que con esa sonrisa conseguía que cualquier chica hiciera lo que él quería... Pero ella no era una chica

cualquiera y encima se había dado un golpe en la cabeza por su culpa. No estaba por la labor.

-¿Qué te ayude? Estás que sí, majo- a Roberto le cambió la cara. “Jajaja, apuesto a que no esperaba esta respuesta”

### **Roberto**

¡Se negaba! ¿Cómo era posible? Había usado la sonrisa, su sonrisa más encantadora, con la cual había logrado siempre hacer desfallecer a las chicas. Y ella no sólo se había negado, sino que también lo había hecho con un tono enormemente burlón y sin poner ninguna excusa. Sin estar acostumbrado, ni mucho menos, a que ninguna chica le negara nada, preguntó:

-¿Por qué no?

-Porque si te ayudo, no será tu regalo, técnicamente será un regalo mío pero que has pagado tú - respondió ella, aun con ese tono burlón. Era increíble. Inconcebible. Le había dado una respuesta simple y coherente, seguro que pensando que era irrefutable. “A este juego podemos jugar dos, bonita” ¿Acababa de pensar que era bonita? Aunque ahora que la miraba con atención, lo cierto era que era bastante atractiva. Casi guapa. No entendía cómo no se había fijado antes en ese detalle.

-Pero si no me ayudas, probablemente le compraré algo que ya tenga o que no le guste, lo que sería una desilusión para Sara y ya sabes el mal humor que se gasta cuando no le ha gustado algo... -

contraatacó utilizando otra vez su sonrisa. A lo mejor la primera vez no la había usado bien...

-Pero eso es tu problema, y yo no tendré que aguantar su mal humor, porque mi regalo seguro que sí le gusta –volvió a replicar Estrella. Esa chica empezaba a caerle bien. Era la primera que conocía capaz de negarle algo de forma tan directa. Pero en ese momento, era un problema. Probó con su último recurso... suplicar.

-Venga, mujer, ¡si no te cuesta nada! Estoy desesperado, inseguro de que lo que me llama la atención sea lo que le gusta a ella. ¡Por favor!

- El que no me cuesta nada es relativo. Y lo cierto es que tu desesperación, más que empatía, me produce risa.

¡No funcionaba nada! Y lo más estúpido de todo era que eso le encantaba. “La verdad es que la chica es encantadoramente borde. Aunque eso suena contradictorio, es así. Me gusta su estilo.”

-Bueno, pues riéte de mí, pero mientras me ayudas, que seguro que tienes ocasión.

-¿No me vas a dejar en paz hasta que no logres que te ayude? –respondió ella con tono cansado.

-Lo cierto es que te has convertido en un reto personal para mí –dijo burlonamente. Y era verdad. Como también era cierto que ahora le apetecía mucho pasar un rato más con ella.

## **Estrella**

¡Era un pesado! Pero un pesado encantador, eso sí. Y le respondía de forma bastante inteligente. Quizás no fuera tan tonto como parecía. Lo cierto era que tenía pensado aceptar... tras hacerle sufrir un poco. Así pues, se hizo de rogar un poco, como si se lo pensara, y luego se levantó lentamente y dijo con voz de aburrida:

-Está bien

Él sonrió, pero no era esa sonrisa para encandilar, que en el fondo era una sonrisa entrenada y falsa que hacía que se le marcaran los hoyuelos. Era una sonrisa de verdad, la primera que le veía, y eso le gustó.

-¿Qué tenías pensado? –preguntó arrebatándole los libros que llevaba en la mano. Filosofía, un libro en inglés, narrativa histórica... Lo cierto era que tenía intuición al elegir los libros, pero a Sara no le pegaban nada –No sirven. Sara no habla inglés, sino francés, no la he visto nunca coger un libro de filosofía y ese libro se lo presté hace poco y me lo devolvió al poco diciendo que no podía pasar de la página quince.

-Es que esos no son para Sara, son para mí –dijo él, volviendo a arrebatarle los libros.-Pensaba comprarle algo de este tipo, de los que se lee siempre, y con éstos estoy totalmente perdido.

Increíble. Los libros eran para él. ¿Sería que tras su máscara de tonto guaperas se escondía una persona inteligente y compleja. Empezaba a gustarle ese

chico. Y no solo físicamente. ¿Quién iba a decirle que alguna vez Roberto le caería bien?

-Bueno, pues entonces, elige uno y yo te doy mi aprobación o no- dijo sonriendo ella también. Él eligió uno tras pensárselo un rato.

-¿Por qué ese? –preguntó ella, sin entender una elección tan rara y sin mirar siquiera la contraportada.

-Me gusta la portada. ¿Lo apruebas? –dijo con un tono extraño “¿Está coqueteando conmigo?”

-No, a menos que quieras comprarle los cinco que van delante.

-¡Ups! –exclamó Roberto, tras lo cual lo dejó en su sitio echándose a reír. “¡Qué chico más raro! Pero no lo estoy pasando tan mal...”

*Cajas del centro comercial*

### **Roberto**

Acababa de pagar y esperaba a que lo hiciera Estrella. ¡Qué chica más interesante! ¡Y pensar que no quería hablar con ella cuando la vio por primera vez en el centro comercial! Había sido muy paciente con él (más de lo que él se hubiera atrevido a esperar) y, de hecho, había hablado con tanta pasión del libro que había cogido por primera vez que había cogido el primero de la colección a ver qué tal estaba. Y además no era tan empollona ni tan tontita como se figuraba al principio. Era una persona fascinante y le alegraba encontrar a alguien con quien, para variar, poder hablar de cualquier



tema sin parecer un bicho raro. Era un estúpido por haberse dejado llevar por su primera impresión con ella. “No es que sea aburrida, es que es algo tímida, nada más. Pero yo soy un imbécil y he desperdiciado meses de lo que puede llegar a ser una buena relación solamente por prejuizarla”

-Estás en las nubes –dijo Estrella a su lado. Salido de su ensimismamiento, le dedicó su mejor sonrisa y miró sus bolsas. Tenían pinta de pesar un montón.

-¿Seguro que puedes con todas?

-Lo cierto es que estoy acostumbrada, lo hago una vez al mes, y soy bastante fuerte –dijo ella sonrojándose. Era guapa de verdad. Seguro que si no llevara unas pintas tan raras sería sensación entre los chicos.

Estrella miró entonces la hora y dijo:

-Tengo que irme a casa ya, se me ha hecho muy tarde y es casi la hora de comer. Ha estado bien. Nos vemos.

-¡Espera! –dijo Roberto casi gritando -¿y si te invito a comer? Después de todo, es lo menos que puedo hacer después de hacerte perder el tiempo de esta manera por lo inútil que soy para encontrar un regalo apropiado. –No podía dejarla ir tan pronto, ahora que estaban disfrutando de su mutua compañía, que se caían bien.

-No sé... Se supone que tengo que irme ya a casa y...

-Y ¿Qué? Ya no tenemos que estudiar nada, nos lo estamos pasando bien y tú misma has dicho que ya es la hora de comer. ¿No crees que es mejor que hagas una llamada a tus padres y que te ahorres el llegar tarde? No me negarás que no es un buen argumento...

Ella le sonrió y se echó a reír

-¿No me vas a dejar en paz hasta que no logres que vaya?

Roberto se echó a reír también y respondió

-Lo cierto es que te has convertido en un reto personal para mí

*Domingo por la tarde. Parque cercano al centro comercial*

## **Estrella**

Hacía horas que terminaron los bocatas que habían comprado previamente en un restaurante de comida rápida, pero lo cierto era que no se aburría en absoluto. Roberto era, en realidad, muy interesante. Su fachada de chico tonto pero guapo se había desmoronado enseguida, y le gustaba lo que había debajo.

Habían hablado de todos los temas posibles, música, filosofía, cine, arte... No siempre coincidían en todo, ni mucho menos, y era eso, quizás, lo que más le gustaba. Tenía sus propias opiniones, y lo mejor era que sabía argumentarlas. Lo único que la había molestado un poco era que parecía un imán para las chicas. Todas le conocían y todas se

paraban a hablar con él. Hasta que se dio cuenta de que él estaba tan incómodo como ella, y se habían ido a una zona del parque por la que no solía pasar nadie.

Atardecía. Finalmente, se dio cuenta de lo tarde que era y se levantó

-Bueno, ahora sí que es hora de irme a casa ¿Sabes? Mis padres no acostumbran a tenerme todo el día fuera de casa y deben estar algo preocupados.

-¡Vaya, sí que es tarde! Te acompaño –dijo, levantándose él también y cogiendo una de sus bolsas. -¡Pesa de veras!

Sonriendo, se encaminaron hacia la casa de Sara sabiendo que era el comienzo de una nueva amistad.

*El domingo siguiente por la tarde. Fiesta de cumpleaños de Sara*

## **Sara**

Se había perdido algo importante y lo sabía. No había otra explicación posible. Los sucesos extraños empezaron el domingo pasado, cuando su primo Roberto la llamó para pedirle, por favor, que le dejara asistir a la fiesta de cumpleaños que le habían preparado sus amigos. No entendía exactamente el por qué de su petición, ya que era frecuente que Roberto se dedicara a decir lo raras que eran sus amistades. Aunque adoraba a su primo, esa faceta suya no la gustaba nada, y no quiso invitarle al principio, pero al final insistió tanto que aceptó con recelo.

Pero la cosa había sido cada vez más rara. Su amiga Sara se había pasado toda la semana comportándose de un modo extraño. Sonreía mirando al infinito, perdida en sus ensoñaciones. Las ensoñaciones eran comunes en ella, pero no con tanta frecuencia, y no de esa forma.

Pero había algo más. Dos tardes, había dicho que no iba a salir con el grupo porque había quedado. Para Estrella, eso significaba quedarse en casa leyendo. Como ese verano todos habían decidido que iban a hacer que Estrella no se convirtiera en un vampiro (el verano anterior incluso no podía salir al sol porque le hacía daño en los ojos) habían ido a buscarla, para encontrarse con sus desconcertados padres diciendo que pensaba que había salido con ellos. Cuando la preguntaban por dónde se había metido y con quién, se limitaba a reírse y responder “Si te lo dijera, no me creerías”

Luego estaba la cuestión del regalo. Roberto había acertado de pleno, y eso que todos los años la regalaba algo horrible.

Pero lo más extraño de todo se lo había encontrado cuando llegó a su fiesta. Roberto y Estrella estaban conversando como si fueran amigos de toda la vida y no paraban de reírse. Pasó eso por alto hasta que, por casualidad, los vio besarse en un rincón.

Apostando que todo estaba relacionado de algún modo, aunque sin comprender cómo se había producido esta situación, se acercó a ellos cuando la dejaron libre un momento y preguntó:

-¿Y bien?¿qué está pasando aquí?

Los dos se miraron y, riendo, Roberto respondió:

-No nos mires con esa cara, mujer, después de todo, aunque sin quererlo, todo esto es culpa tuya.

## *Crack*

Mi queridísima prometida:

Bien sé que tú mereces toda la riqueza que yo ya no puedo darte. Todos mis ahorros estaban invertidos, y no solo mis ahorros, sino mucho más, todo el dinero que había pedido prestado al banco y que pensaba devolver en cuanto hubiese logrado duplicar o incluso triplicar mi inversión. Porque realmente parecía que la inversión iba a ser rentable. Tenía la esperanza de poder enriquecerme rápidamente para así demostrar a tu padre que era digno de ti, para que al fin nos permitiera casarnos y para que me tuviera algo de respeto. Lo he perdido todo en un solo día. Aún no me explico cómo ha podido pasar, aunque debí haberlo previsto porque hace unos días estuvo a punto de pasar lo mismo. Pero esta vez nadie salió al rescate. Todos queríamos vender, pero nadie quería comprar. Y cundió el pánico. Tanto, que la policía tuvo que desalojar el edificio de la bolsa. Es la ruina, la mía y la de todos los demás, incluso la de muchos de eso ricos que solíamos observar soñando que así seríamos nosotros en unos años. Ahora no podré mirarte a la cara nunca más, y mucho menos a tu padre. Espero que encuentres a alguien digno de ti.

Adiós

John Loser, 24-October-1929

\*\*

Las aguas se estrellaban contra los muelles del Lower de Manhattan. Un hombre miraba con tristeza el atardecer pensando en los hombre que se habían tirado de los rascacielos sabiendo que su buena vida se había acabado y estaban en la ruina. De repente, vió un bulto en el agua.

Unas horas después de haber llamado a la policía, vió a una guapa joven de clase alta aparecer y hablar con uno de los policías. Llevaba un papel arrugado en la mano. Al parecer, era la novia del hombre. Del hombre muerto. Aún sentía escalofríos al pensar en el momento en que había descubierto que lo que flotaba en el agua era un hombre muerto. Se acercó un poco, y pudo oír el nombre:

-Loser. Se llamaba John Loser.- la muchacha quedó en silencio un momento, con la mirada perdida-aquí fue donde nos conocimos.

## *La red*

Por fin tiene internet en casa y en esos momentos es la persona más feliz del mundo. Lo primero que hace es entrar en una de esas redes sociales, de las que tanto le habían hablado. Cuando aun no ha metido todo lo que quería meter en su perfil, se da cuenta de que puede entrar en los perfiles de otros. En ese momento se sumerge en las vidas de los demás, navegando de un perfil al perfil del amigo, del perfil del amigo al perfil del amigo del amigo. Inmersa en la vida de los demás, se olvida de que tiene vida propia. Mira, lee, cree conocer a desconocidos y se ve aceptada por ellos. No les ha visto en persona, pero conoce sus caras, sus aficiones, dónde nacieron, estudiaron, y salieron de marcha. A veces ve a gente en la calle cuya cara conoce de la red. Ella sabe quienes son, aunque ellos no la conozcan, y eso la divierte.

Poco a poco, se olvida de sí misma, tan perdida está en la red. Pero un día encuentra un perfil vacío con su nombre. El perfil que había dejado a medias. Empieza a llenarlo, recupera su vida. Pero pronto se da cuenta de que así todo el mundo podrá conocer su vida, de que todos conocerán su cara, sus aficiones, dónde nació, estudió, y salió de marcha. Se da cuenta de que gente de la calle que hubiera visto su cara en la red sabrá quién es ella, aunque no los conozca. Eso ya no la divierte



tanto. Así que vacía de nuevo su perfil y vuelve a navegar por la red de perfiles. Vuelve a olvidar que tiene vida, pero eso la da cierto poder, cierto sentido de importancia.

## *Venganza*

Él era rico, apuesto, el soltero de oro. Todas las damas pretendían cazarlo con mil argucias. Ella, del montón, poca cosa. No obstante, por alguna secreta razón del destino, trabaron amistad, hasta que ella, loca de amor, confesó sus sentimientos

-¿Ya está?¿Eso es todo?¿Tanta tontería para esto? – dijo él enfadado – francamente, querida, esperaba algo más de ti.

Dolida y deseosa de venganza, se fue. Años después volvió. Nuevo aspecto, nueva identidad, y le encontró soltero. Así había permanecido porque un día rechazó a la única persona a la que había amado. Pero eso no lo sabía nadie. Y trabaron amistad. Todos les veían como la pareja perfecta, y él pronto quiso algo más. Ahí estaba, lo que siempre había soñado. Sin embargo...

-¿Ya está?¿Eso es todo?¿Tanta tontería para esto? Francamente, querido, esperaba algo más de ti.

No dejó escapar sus lágrimas hasta darse la vuelta. El rostro de él había reflejado su reconocimiento. La venganza es un plato que se sirve frío, pero a veces sabe amarga.

## *Flechazo*

Era la tarde de graduación, la tarde más importante de sus vidas, o al menos eso pensaban todos. Atrás quedaban los dos cursos más difíciles de sus vidas, los exámenes, los fines de semana estudiando... No era de extrañar, por todo esto, que todos llevaran varias semanas preparando ese momento. Los vestidos, los trajes, los complementos, todo tenía que quedar perfecto, porque todos recordarian a sus compañeros según cómo fueran vestidos ese día. Muchas de las chicas, incluso, habían planeado qué ponerse para combinar juntas cuando los orgullosos padres les echaran las fotos de rigor. Iba a ser realmente espectacular. Todo sería perfecto.

Pero no es oro todo lo que reluce. Muchos de los allí presentes estaban deseando que la tarde pasara lo más rápidamente posible. Deseando que terminara de una vez, poder irse a casa. El instituto no había significado mucho para ellos. En un lugar como ese, de pago, los que no vistieran de marca y no aceptaran el rol impuesto por el grupo, no eran bien recibidos. Era un grupo cerrado, y todos daban su amistad a cambio de algo. De ayuda al hacer los ejercicios, de amistad con uno de los líderes, o incluso, de formar parte del propio grupo. Ese ambiente de amistad condicional no terminaba de agradar a los que habían llegado en los últimos cursos, y, aunque con el tiempo

se habían logrado acostumbrar unos cuantos, otros tantos aun se sentían incómodos entre esa masa egoísta, aunque procuraban, por su bien, disimularlo de la mejor forma que podían.

Alejandro conocía bien este ambiente, porque él había vivido la misma situación hacía tan sólo dos años. Por suerte, su paso por el instituto había pasado bastante desapercibido, y había tenido la suerte de ser aceptado por todos desde un primer momento, quizás porque su padre era una persona poderosa y lo bastante influyente como para que todos le tuvieran en cuenta. Ahora estaba allí otra vez, por suerte, esta vez, para ver la graduación de su hermana. Había venido toda la familia, al igual que el resto de las familias estaban allí casi íntegramente. Este tipo de actos también servían a los padres para hacer vida social. Él hubiera deseado no estar allí, no tener que pasar por lo mismo por lo que pasaba casi cada mes, cuando el instituto de su hermana o la universidad, o la empresa de su padre realizaban una fiesta. Y él siempre tenía que estar allí, como primogénito de la familia, soportando a los aduladores y contestando cortésmente a las mismas preguntas una y otra vez “¿Qué estás estudiando?” “¿pretendes tomar las riendas de la empresa cuando seas mayor?” “¿qué se siente al ser el hijo de alguien tan importante?”

Se aburría horrores. Había llegado una hora antes, como era costumbre en su familia, debido a que su padre pensaba que era poco elegante llegar con la hora ajustada, aunque la verdadera razón era que los momentos antes de las ceremonias eran buenos para hacer negocios y contactos. Aun así, no habían sido los primeros, ya que muchos otros habían tomado ejemplo de las costumbres de su padre.

Tras los saludos a los presentes, su hermana se había dedicado a presentarle a todas las amigas que iban llegando, también a algunos chicos. Lo cierto era que ella sí que se había adaptado a la perfección al entramado de relaciones hipócritas que había en el instituto. Todos eran iguales. Observó con cierta sorpresa que todas las chicas llevaban vestidos increíblemente similares, coincidiendo incluso en los colores. Todas peinadas con recogidos ostentosos, bolsos diminutos en los que no entraba nada y zapatos de tacones imposibles. Y todas le miraban con interés, como lo habían hecho sus compañeras en el instituto y seguían haciendo en la universidad, coqueteando con él de manera descarada unas, otras más sutilmente, pero todas ellas sin verdadero interés en lo que él era en realidad, en sus opiniones.

Mirando el reloj continuamente, los minutos parecían horas. Horas largas. Cuando miraba a la mareada de gente que ya le había saludado, y pensaba en la que aun quedaba por saludar,

se ponía enfermo. La ingente cantidad de mujeres (tanto madres como hijas) vestidas de rosa y azul cian le sorprendía. El hecho de que los estampados que estaban de moda fueran tan psicodélicos le mareaba.

Fingiendo que se iba al baño, logró escabullirse a la parte trasera durante unos minutos. Allí vio de lejos a una chica que le llamó la atención. No llevaba vestido, sino pantalones de corte sencillo, y llevaba una blusa bonita pero informal. Su pelo, largo y moreno, estaba suelto, y, algo realmente sorprendente, no llevaba tacones aunque no era demasiado alta. Su bolso tenía el tamaño lógico de un bolso (no inmenso, pero sí con el suficiente tamaño como para que le entrara algo más que la tarjeta de crédito, un gloss y la raya del ojo), y sus complementos no eran esas horribles joyas que estaban de moda, sino adornos discretos que resaltaban sus rasgos. No había duda de que no podía ser una alumna (ninguna se atrevería a ir así a un acto como ese), pero no sabía de ninguna nueva profesora, y era imposible que fuera una madre, pero no obstante, se dirigió al lugar donde estaban reunidos todos con una seguridad en sí misma que era impresionante. Fascinado, decidió que ya era hora de volver al lugar de reunión, pero, por desgracia, había mucha gente y alguien le paró a saludarle. Cuando volvió a mirar, la chica misteriosa no estaba.

Volvió a donde estaba su hermana y se vio obligado a disculparse por la tardanza ante ella y sus amigas. Despistado, no paraba de mirar de un lado a otro buscando a la chica, pero sin éxito, hasta que una mirada enfurruñada de su hermana le obligó a prestar más atención a la banal conversación que estaban manteniendo los protagonistas de la noche.

-¡Santo cielo! ¿Es que nadie ha avisado a esa loca de que este es un acto serio? –dijo de repente una de las amigas de su hermana. Todo el grupo se giró a la vez, y Alejandro tuvo que hacer lo mismo. ¡Era ella! Dedujo por la cara de todos los presentes que era realmente una alumna, y que se iba a graduar también ella ¡Qué valor tenía para aparecer allí vestida en contra de la moda de ese año!

-¿Quién es? –preguntó admirado. Su hermana le miró con un gran reproche al advertir su tono de voz, pero no obstante respondió:

-Es una tal Amanda. Vino hace dos años, pero yo no me había enterado de que existía hasta que nos enteramos de que Samanta tenía que salir con ella a recoger el diploma. ¡Le dimos instrucciones detalladas de lo que tenía que ponerse! ¿Cómo se atreve? ¡Pobre Sam! – exclamó, tras lo cual se marchó corriendo a consolar a la tal Sam, que estaba teniendo un ataque de nervios bastante profundo en la otra punta de la sala.

Cuando ya estuvo más calmada, ambas se dirigieron hacia Amanda en actitud desafiante. Aunque cualquiera se hubiera amedrentado ante las dos chicas más poderosas del instituto, ella se quedó tranquilamente apoyada en la pared, sin ninguna intención de huir de las dos fieras que se le acercaban.

-Oh, Amanda, qué bien que hayas venido, pensábamos que no llegabas. —oyó decir a su hermana - Pero de qué vas vestida, querida, que guasona. Será mejor que vayas a cambiarte antes de que empiece la ceremonia, no vaya a ser que por la tontería no te de tiempo y tengas que ir así a la fiesta.

-Oh ¿disfraz decías? Parece que aquí todos hemos tenido la misma ocurrencia. Sí, será mejor que vosotras también vayáis a cambiaros, parece que todas hayáis comprado el vestido en el mismo todo a cien. ¿No os mareáis con tanto rosa y cian en estampados psicodélicos? —respondió Amanda con sarcasmo. Esa chica era impresionante, pero parecía que no se daba cuenta de que las dos fieras habían aumentado tanto su enfado que estaban a punto de saltar sobre ella. Antes de que las dos respondieran a la provocación con una de sus maldades, Alejandro se adelantó.

-¿No me vas a presentar a tu amiga, hermanita? —dijo con la mayor de sus sonrisas. Su hermana le fulminó con la mirada, pero



hizo lo que acostumbraba a hacer: comportarse como una perfecta damita de alta sociedad.

-Te presento a Amanda. Se va a graduar con nosotros, pero ha tenido la ocurrencia de venir vestida de esta forma. Ahora mismo se va a su casa a cambiarse.

- ¿A cambiarse? ¿Pero por qué ibas a hacer tal cosa, Amanda? Estás estupenda así vestida. De hecho te felicito por ser la única mujer en esta sala que no marea con su vestido. Escucha, falta aun un rato para que empiece la ceremonia. ¿Quieres venir a tomar un poco el aire? Por estos lares está bastante cargado de malas vibraciones.

- Sí, me parece una buena idea –dijo ella, siguiéndole afuera. Una vez allí, añadió – Gracias por tu intervención, empezaba a pensar que se abalanzarían sobre mí de un momento a otro. ¿Puedo preguntar el nombre de mi nuevo héroe?

Echándose a reír, Alejandro respondió:

-Soy Alejandro, y una de las fierecillas es mi hermana. Tienes valor, eso te lo reconozco. Hasta a mi me dan miedo. A veces.

-Pensé que no importaba demasiado cómo fuera vestida, porque después de todo ya no les voy a ver más y, ya de venir a este solemne aburrimiento, quería venir cómoda. No se me ocurrió que podría ser el objetivo de un linchamiento de fashion victims...

-Has hecho bien, en serio. Ojalá yo hubiera tenido el valor de vestirme original el día de mi graduación, aunque supongo que mis padres habrían hecho lo imposible por impedirlo. Es lo que tiene pertenecer a una familia influyente.

-¿Debería impresionarme?

-Te agradecería que no lo hicieras. No lo soporto.

-Me alegro mucho, porque no tenía intención de hacerlo -dijo ella con una sonrisa. Mirando por encima del hombro, añadió -Va a empezar la ceremonia, debo irme. Gracias de nuevo -gritó mientras corría de nuevo al interior del edificio. Sonriendo como no lo hacía en años, él también se dirigió al lugar de la ceremonia, donde se reunió con sus padres, que llevaban ya un rato esperándole.

La ceremonia era tan larga como lo fue la suya. Larga y aburrida. Nadie se movía y todos lucían su mejor sonrisa, pero lo cierto era que lo único que querían era salir de allí y estirar las piernas. Al menos ese día se estaba entreteniendo de lo lindo mirando a Amanda. ¡Esa chica no era como las demás, ni mucho menos! Así lo atestiguaban sus expresiones de aburrimiento y sus numerosos bostezos y cambios de postura.

Por fin llegó el momento en que se ponían las bandas y ese ridículo gorrito de graduado, pero el mirar el programa del acto le dio un vuelco

al corazón al ver que detrás de esta parte (la única que debería haber, por otro lado, porque más que graduaciones, lo que hacían en ese instituto parecía una serie de conferencias y lecciones magistrales sin fin). Cuando Amanda salió a recoger su banda, estiró el cuello para verla mejor, lo que llamó la atención de sus padres, que, al menos eso creía Alejandro, estaban preocupados por su falta de interés por las chicas ¿Cómo interesarse por ninguna, si todas parecían cortadas por el mismo patrón? Pero Amanda no.

-No sabía que te interesara Samanta –dijo su padre en un susurro, con una nota de alivio que fue incapaz de disimular.

-La que me interesa es Amanda, la que lleva pantalones –respondió él, con intención de escandalizarles. Pero su padre le miró con comprensión y su madre no objetó nada porque no llevara un vestido azul cian y rosa, tal era su alivio porque su hijo se interesara por alguien.

La ceremonia continuó durante un rato más, hasta que llegó el momento de la matrícula de honor. Su padre tenía la costumbre de ofrecer un empleo de verano al que se la llevaba, con la idea de fichar a los buenos estudiantes mientras aun eran baratos, por lo que los estudiantes hacían lo imposible para lograrla, algo difícil porque el instituto sólo concedía una. Para desgracia de su progenitor, su

hermana no había sido una de las agraciadas por semejante honor, no habiendo llegado siquiera a acercarse a las notas mínimas. Él, en cambio, sí que la había logrado invirtiendo muchas horas (después de todo, prefería quedarse a estudiar antes que salir con sus compañeros) y se había pasado todos los veranos siguientes trabajando para su padre gracias a ello

Cuál fue su sorpresa cuando dijeron el nombre de Amanda. Ella se levantó sin fingir sorpresa como habría hecho cualquier otra, se dirigió al escenario ignorando por completo a todos sus compañeros, que no paraban de cuchichear, y recogió su diploma con una sonrisa. Después, se dispuso a dar el tradicional discurso. Era la parte que más difícil le había resultado a él, porque redactar un discurso para leerlo después de horas de ceremonia resultaba agotador. Pero lo cierto era que ella no parecía nerviosa, ni preocupada por no poder gustar. Posiblemente fuera igual que con su atuendo, que realmente le daba igual. Eso la hacía aun más admirable.

- He pasado mucho tiempo buscando las palabras adecuadas para este discurso, y no he encontrado nada que decir. Nada que añadir a lo que nos han repetido mil veces ya, a los consejos de los que tienen experiencia. Por todo esto, seré breve. No soy quien para aconsejaros, porque estoy en vuestra misma situación. En realidad, todo cambia y a la vez

nada. Quizás lo que ahora va a diferenciar nuestra vida será que podremos elegir. Elegir qué queremos hacer, dónde queremos hacerlo, con quien. Elegir si dejarnos influenciar en nuestras decisiones, o si a pesar de todo las tomaremos por nosotros mismos. Elegir si regirnos por un código moral propio, o si por el contrario nos regiremos por uno ajeno. Elegir, en definitiva, qué hacer con nuestra vida. Espero sinceramente equivocarme lo menos posible en mis decisiones (porque estoy segura de que me equivocaré) y os deseo lo mismo para vosotros. Gracias a todos, y buena suerte.

Nada más acabar, sin quedarse parada a que acabaran los aplausos (que eran bastantes, probablemente en agradecimiento por la brevedad y simplicidad de ese discurso), se encaminó a su sitio y no enseñó la matrícula a los que tenía alrededor, probablemente porque ellos eran demasiado orgullosos para pedirle que se lo enseñara (aunque estiraban la cabeza para ver si podían verlo de refilón) y ella no lo enseñaría si no se lo pedían. ¡Qué chica más peculiar!

La ceremonia duró dos discursos más y por fin, acabó. Después llegó el tentempié de antes de la cena, a la que estaban invitados todos los asistentes. Era interminable, porque después de cenar los alumnos se irían de fiesta y probablemente sus padres le obligarían a asistir

para que vigilara a su hermana. Ya lo habían hecho más de una vez.

Allí, sus padres se acercaron a su hermana para felicitarla y, después, toda la familia se dedicó a hacer relaciones sociales. Alejandro localizó a Amanda y, estratégicamente, comenzó a dirigir a su familia en su dirección. Cuando su padre también la vio, se acercó a ella para realizarle la oferta de empleo. Amanda, demostrando una prodigiosa seguridad en sí misma (había que tenerla para tratar con su padre) escuchó lo que tenía que decirle y, lo que es más, negoció las condiciones del empleo con gran habilidad. Su padre, en vez de indignarse por sus exigencias, parecía encantado por su nuevo fichaje y acabó por ceder en varios puntos, hasta que estuvieron de acuerdo los dos. Para cuando acabaron, Alejandro estaba más fascinado que antes y su hermana estaba que echaba chispas. Mirando a Amanda con auténtico odio, trató de avergonzarla de todas las formas posibles, pero ella redirigía los insultos de tal forma que era su hermana la que acabó por pasar vergüenza y, disculpándose ante sus padres, se marchó a otro lugar.

Finalmente, logró llevarse a Amanda aparte para pasar un rato a solas con ella, por lo menos, todo lo a solas que podían estar en esa sala llena de gente.

- Me ha encantado tu discurso –dijo sonriente.

-¿De veras? Lo cierto es que, aunque dijera que he pensado mucho en ello, lo improvisé ayer por la tarde, porque se me había olvidado por completo. ¡Vaya, se me ha escapado! No se lo cuentes a tu padre, no sea que piense que soy olvidadiza –le respondió con un guiño y una gran sonrisa.

-Mis labios están sellados, será nuestro secreto.

-La verdad es que no estaba enterada de que tu padre ofreciera un puesto de trabajo a los alumnos con matrícula, y me ha sorprendido bastante, espero que no se me haya notado demasiado. ¿Tú también trabajas para él durante los veranos?

-Sí, la verdad es que yo también tuve la matrícula. Cuando venía al instituto, no tenía nada mejor que hacer que estudiar.

-Eso es exactamente lo que me ha pasado a mí. La verdad es que he sido invisible para todos hasta el día de hoy, y no precisamente por mi discurso o por ser la alumna con mejor nota. Cambiando de tema, ¿Entonces somos compañeros de trabajo?

-¡Es cierto! ¡No sabes cómo me alegro de eso! Eres la primera persona con personalidad que sale de este sitio. No te imaginas cómo era la chica que logró la matrícula el año pasado.

-Apuesto a que si se hubiera graduado este año, habría llevado un vestido cian o rosa, súper tacones y micro bolso.

- Yo también me atrevería a afirmarlo. Espero que este verano decida irse de vacaciones y no trabajar, porque involuntariamente convirtió mi vida en un infierno el verano pasado con sus tonterías.

-No sería para tanto.

-Digamos solamente que si dieran premios a la estupidez, ella se llevaría el primer premio y le sobraría para ganar el segundo y el tercero. No sé cómo pudo lograr la matrícula.

-Yo creo que el nivel de estupidez tiene un límite... y no se puede superar, por más que las chicas de este instituto se esfuercen día a día por hacerlo. Sencillamente es imposible.

Pasaron bastante tiempo hablando, y en la cena se sentaron juntos, porque al parecer la familia Amanda se encontraba en el extranjero y no habían podido ir a su graduación. Todas las chicas que se acercaban se tenían que dar la vuelta desilusionadas o enfadadas cuando se encontraban con la cara larga de Alejandro y las réplicas mordaces y comentarios sarcásticos de Amanda. Ojalá la hubiera conocido antes y ojalá le hubiera acompañado a todas las aburridas veladas que había tenido que tragarse solo desde hacía años. Se habría ahorrado un montón de conversaciones banales con niñas coquetas que ardían en deseos de conquistarlo, quien sabía si por un reto personal o por su dinero.



Finalmente, todo acabó. Por primera vez en mucho tiempo, no se había aburrido ni había mirado el reloj. Despidiéndose de Amanda, prometió llamarla al día siguiente.

Se fue entonces con sus padres, que habían comenzado a despedirse de los presentes. Por suerte, esa noche no tendría que hacer de niñera de su hermana pequeña.

-Esto no te lo perdono nunca –dijo su hermana en un susurro. Sorprendido, la miró sin comprender. –Me has arruinado la graduación, el día más importante de mi vida, y me has avergonzado delante de todos al pasarte la noche con esa buscona.

-No es una buscona –la defendió Alejandro. No le gustaba que hablara mal de la única chica que le había gustado nunca.

-¿De veras lo crees? Apuesto que lo tenía todo planeado, su ropa, su estilo, incluso su forma de comportarse. Esa rata es realmente lista. Sabía perfectamente qué hacer para cazarte. Te ha manipulado a ti y ha manipulado a papá. Le ha salido rentable la noche.

-Te aseguro que no es una manipuladora. Y aunque lo fuera ¿Qué? ¿Acaso tus amigas no lo han intentado una tras otra? Realmente no te molesta, ni te importa, que me manipulen, sino que lo haga una persona que no te gusta –la respondió él.

Pero su hermana había sembrado la sombra de la duda. ¿Y si era cierto que le había manipulado, que todo era falso? Finalmente, se encogió de hombros para sí mismo. ¿Qué importaba realmente? Al fin y al cabo, había encontrado a alguien con quien poder matar el aburrimiento en esas absurdas y aburridas fiestas.

## *Historia de una frase*

Esta es la historia de una frase, una frase cuyas primeras palabras fueron “esta es la historia de una frase” y que quería ser una frase diferente al resto de las frases escapando al inevitable final simbolizado por el punto, y así siguió alargándose y alargándose todo lo que pudo para evitar su destino, pero nunca lo lograría debido a que, por desgracia, todo tiene un final, y ninguna frase puede escapar del destino que les impone su escritor, y yo soy una escritora que, por otra parte, está cansándose de escribir una sola frase.

## *Día rebelde*

La vida no había sido fácil para él. Allí estaba, con 20 años, estudiando una carrera que no le motivaba para complacer a unos padres que no le querían. Nunca había tenido novia porque sus supuestos amigos, los amigos que aprobaban sus padres, se las habían arreglado para ahuyentarlas a todas. Amigos de verdad, ni siquiera sabía lo que era eso. Su vida transcurría en una interminable rutina, cada día igual que el anterior, siempre el mismo tedio y la misma sensación de fracaso.

Él había sido un hijo no deseado por su madre, que de adolescente había tenido un novio no demasiado conveniente. Su madre había sido una rebelde, pero cuando se quedó embarazada y su novio la dejó plantada al enterarse de ello, tuvo que someterse a los deseos de sus padres si no quería quedarse sin nada.

El aborto era una cosa impensable en esos momentos, en que todos sabían ya que estaba embarazada, pero si ella hubiera sido más discreta, un aborto en secreto hubiera sido menos vergonzoso que la situación en la que se hallaban.

Nunca llegó a conocer a su verdadero padre, ni supo nada de él, más que algunas cosas sueltas que oía comentar a los adultos. Sus abuelos superaron la vergonzosa situación casando a su hija con un joven heredero de una familia bien posicionada. Fue un matrimonio ventajoso para ambas familias, que aumentaron considerablemente su poder en la

población. Aunque al principio fue un matrimonio infeliz, tanto por la forma de ser de los dos como por las circunstancias, pronto la pareja comenzó a entenderse. Lo único que enturbiaba su felicidad era la pequeña vida que crecía en el interior de ella.

Nada querían al bebé que nació, pero cara al exterior les alegraba tener un hijo. Y así pasaron los primeros años de su vida, con indiferencia en la intimidad y afecto en la vida pública. Él creció deseando estar siempre con gente ajena a la familia, donde su vida era todo cariño.

En cuanto tuvo edad suficiente, sus padres le dijeron que sólo era hijo de su madre y le mandaron a un colegio interno, de pago. Sólo salía en vacaciones para visitar a su familia, pero él pasaba los días deseando que esos momentos no llegaran nunca. Su hermana pequeña nació poco después de que él fuera enviado al internado, y cuando volvía a casa siempre se encontraba la misma escena de felicidad, en la que él sobraba. Se sentía un intruso, un extraño al que su familia tenía que tolerar porque llevaba la misma sangre que su madre, pero al que nunca aceptarían del todo porque su sangre estaba también manchada por un hombre que no era ni mucho menos aceptable. La única que le mostraba cierto afecto era su hermana pequeña, pero siempre lo hacía cuando sus padres no estaban presentes, a escondidas, como si intuyera, aun siendo tan pequeña, que su hermano no era del todo de su clase, que era un paria en la familia y que no se aprobaría ninguna muestra de cariño hacia él.

Si siempre odiaba ir a visitar a su familia, temía profundamente las escasas ocasiones en las que tenía que visitar a sus abuelos. Eran ellos dos personas dominantes, orgullosas de su linaje, que se tenían a sí mismas en un pedestal y que cuando le miraban sólo veían una mancha en su imaculada vida, un error grave, un incordio. Si su familia sólo mostraba hacia él una profunda indiferencia, sus abuelos no dudaban en demostrarle su desprecio, su odio por todo lo que él representaba.

Bien sabía él que lo que cara al exterior parecía imaculado no lo era para nada en realidad. El error de su madre no había sido salir con alguien inconveniente o quedarse embarazada: había sido dejar que los ajenos a la familia se enteraran de sus deslices. Si la gente del exterior viera a la familia desde dentro, sin duda alguna ya no vería la perfección, sino una familia llena de manchas. La gran regla era que se podía hacer cualquier cosa, siempre que la gente de fuera no se enterara.

Su infancia había dado paso a la adolescencia, que dedicó a sacar buenas notas para complacer a la familia. Nunca fue suficiente, y todo lo que se alejara del 10 y del número uno, aunque fuera una sola décima o un solo puesto, era motivo de miradas de decepción.

Peor fue cuando el director del centro informó a sus padres de que no se relacionaba con los demás jóvenes. Al día siguiente, recibió una lista de personas con las que se debía relacionar sin

dilación, y los demás chicos le aceptaron en deferencia a sus padres. Esos eran los únicos a los que tenía permitido acercarse, los demás no eran importantes para los intereses de la familia y por tanto no debía perder el tiempo con ellos.

La adolescencia había sido tan desastrosa como su niñez, pero entonces contó con la ventaja de poder ir de vacaciones a otros lugares, en vez de tener que soportar los días en la prisión que era su casa, o en la sala de torturas que representaba para él la casa de sus abuelos. Aunque no le cayeran bien sus amigos impuestos, era mejor soportar sus miradas de burla que el desprecio de sus abuelos y la indiferencia de sus padres.

Pocas eran las alegrías que recibía, y la mayoría de ellas venían de su hermana. Ella se había convertido en una jovencita preciosa de mucho carácter, y entonces, al contrario que durante su niñez, sí que le brindaba su afecto en público y en privado, a pesar de las miradas de su padres o quizás gracias a ellas. Sólo podía desear que esa cierta rebeldía fuera siempre suficiente para disfrutar de su afecto pero no lo bastante para arruinar su vida a ojos de la familia.

Cuando llegó el momento de entrar en la universidad, de la mayoría de edad, no pudo sino pensar que ya era libre. Nada más lejos de la realidad. En sus sueños, se veía a sí mismo en una universidad modesta estudiando arte. En la realidad, su padrastro rellenó su solicitud por él y movió los hilos para que estudiara económicas en una

universidad prestigiosa, y para colmo le puso a trabajar de becario en una de sus empresas para que aprendiera el oficio. Siempre había odiado las matemáticas y todo lo relativo a los números. Odiaba aun más el hecho de que no se libraba de relaciones impuestas ni siquiera en la universidad. El día antes de su llegada a la residencia, recibió otra lista de nombres y relaciones. Una lista de relaciones aseguradas por su padrastro, y otra lista de relaciones que debía conseguir a toda costa, aunque fuera arrastrándose ante esas personas. Esa herida a su orgullo había sido más de lo que iba a tolerar, así que se limitó a mantenerse alejado de esas personas y a decir que simplemente le había sido imposible caerles bien. Los miembros de su familia, que le tenían por inferior, no hicieron ningún comentario y se limitaron a ignorarle.

Estaba ahora de vacaciones, aunque seguía teniendo un rígido horario que debía seguir a la perfección. No obstante, la noche anterior todo había cambiado. Había escuchado a su padrastro negociar un contrato de matrimonio: el de su matrimonio. Eso había sido la gota que colmó el vaso, y había pasado prácticamente la noche en vela retorciéndose de frustración debido a eso. Le habían impuesto su infancia, su adolescencia, sus relaciones, su universidad, su carrera, su trabajo, su vida. Ahora pretendían imponerle una esposa, una desconocida para compartir el resto de su vida, para quitarse de en medio a un hijo poco deseado y de paso enriquecer un poco más a la familia. Estaba



realmente cansado de esa situación, y no pensaba tolerarlo. Lo había hecho demasiado tiempo.

Por eso, cuando esa mañana sonó el despertador, no se movió. Y le mandaron a buscar, pero contestó con enfado que no se iba a mover de allí. Supusieron que, tan sumiso como era él, estaría enfermo, así que le mandaron una aspirina y una nota diciendo que esperaban verle recuperado para la fiesta de la noche.

Una vez se quedó sólo, escribió una solicitud para estudiar lo que quería en la universidad que quería. Posiblemente era tarde, pero le dio igual. Ya decidiría qué hacer si no le admitían. Luego, cogió las listas de contactos y se dedicó a llamar a todas y cada una de las personas que había en ellas para decirles exactamente lo que pensaba de ellos. No eran, desde luego, pensamientos agradables, y esas personas le colgaron furiosas. Con una sonrisa en el rostro, dedicó el resto del día a hacer lo que le dio la gana. Lo primero de todo, quemar los horarios, las listas y todo lo que significara la planificación de su vida por personas ajenas a ella. Una sensación de liberación le invadió, y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió de verdad.

Llegada la hora de ir a la fiesta, lanzó a la papelera el esmoquin que tan atentamente le habían elegido y planchado, fue al armario y cogió unos vaqueros gastados y una camiseta que, por algún milagro del destino, habían escapado de la mirada de aquellos que le elegían el vestuario, evitando así acabar en la basura. Así fue como se presentó a la fiesta, y por

primera vez en toda su existencia llegó tarde. Antes de que su padrastro, su madre y sus abuelos lograran detenerle, cogió una copa de champán, se subió a una mesa y propuso un brindis.

-Propongo un brindis por mi familia. Una familia perfecta, para todos vosotros. Lo que no sabéis es que vista desde dentro no es tan maravillosa. Por ejemplo, ahí tenéis al patriarca, mi respetado abuelo. Qué sorpresa os llevaréis todos cuando descubráis que hace doble contabilidad y que tiene cierta tendencia a estafar a la gente. O mi inmaculada abuela, a la que le encanta la caseta del jardinero, eso sí, siempre que el jardinero está dentro. Y qué decir de mi padrastro. ¿Cuántas secretarías te han denunciado ya por acoso? ¿Y cuántas han retirado la demanda por puro miedo a las represalias? Por no hablar de su adicción a la bebida, que tan bien sabe ocultar. ¡Y mi queridísima madre! ¿Quién no sabe cómo se quedó embarazada? Lo que sin duda no sabéis es que casi lleva a esta familia a la ruina por su ludopatía y su adicción a las compras ¿quizás porque se siente culpable de tratar a su hijo como si no existiera? Bien, eso sería si tuviera corazón. En realidad, sus adicciones son un medio de llenar un poquito su vacío corazón helado. En cuanto a ti, querida hermana... tú sí que eres buena, no sabes cuánto agradezco que no hayas salido a ninguno de estos monstruos. ¡Chin, chin! Ah, se me olvidaba. Querido padrastro, búscate a otro a quien cargarle el muerto con un matrimonio concertado. No estoy por la labor, como habrás podido comprobar. Y si

te atreves a obligar a mi hermana a casarse contra su voluntad, te gustará saber que hay unos cuantos trapos sucios más que no han salido a la luz, pero que me encargaré de hacer llegar a la prensa si lo haces. ¡Buenas noches!

Dicho esto, saltó de la mesa y se marchó de la sala sin mirar atrás. Después de 20 años sin poder vivir su vida como deseaba, había llegado el momento de disfrutar de la libertad.

## *Carbón*

Ese diciembre, los niños del colegio fueron más que nunca al psicólogo escolar que, extrañado porque los niños no pararan de decir incoherencias como que odiaban los plátanos y no servía de nada ser bueno, decidió iniciar una investigación.

No salió de su asombro cuando se enteró de qué había provocado semejante trauma en los pequeños: un niño más mayor, enojado porque Santa Claus le había llevado carbón el año anterior, había realizado un malévolo dibujo en que se le veía muerto en la nieve por causa de un plátano, lo había fotocopiado y lo repartió entre los chiquillos.

Ese año, el travieso niño volvió a recibir carbón.

## *El día en que cambiará su vida*

Había amanecido con una tormenta, pero Maite se había levantado de muy buen humor. Había tenido un sueño que ya no recordaba, pero cuando se había despertado había sentido que ese sueño había sido un augurio de que ese día iba a cambiar su vida.

Maite era una oficinista con un sueldo bastante razonable, que vivía en las afueras de la ciudad y que seguía sus horarios a rajatabla. Independiente y trabajadora desde los 18 años, siempre había aspirado a más de lo que tenía y casi invariablemente había logrado sus objetivos. Y siempre que su vida había cambiado para mejor, había tenido un sueño la noche anterior que no recordaba al despertar, pero que dejaba siempre una extraña sensación en su interior. Era por eso que ese día tenía esa sonrisa en la boca, una sonrisa que llevaba bastante tiempo sin aparecer, casi desde que empezó su mala racha. Porque llevaba una temporada en la que casi nada salía a derechas: su novio la había dejado, sus padres habían discutido con ella... Lo único que iba bien era el trabajo, y por eso tenía la sensación de que la iban a ascender.

Era mediodía y Maite no se lo podía creer, porque llevaba un día horrible. Para empezar, cuando había salido de casa se había roto un

tacón (sus zapatos favoritos) y se había torcido un tobillo, con lo que tuvo que volver a entrar en casa a cambiarse los zapatos. El retraso había sido suficiente para llegar cuando el autobús estaba a punto de partir, y, con un tobillo torcido, por más que había intentado correr para alcanzarlo no lo había logrado. Le había tocado esperar bajo la lluvia un buen rato hasta que llegara el siguiente, y para colmo de males, un golpe de viento había destrozado su paraguas. Una vez más, ya fuera del autobús, le tocó correr en la medida que se lo permitía su tobillo torcido para llegar a tiempo a la oficina, y, por suerte, llegó justo a la hora, empapada y cojeando. Cuando se sentó en su puesto, notó las miradas de todos sus compañeros en ella, y una de sus amigas le hizo señas para que se mirara la cara. Cuando se fue al baño y contempló su imagen en el espejo, se encontró con que la lluvia había hecho de su cara un cuadro abstracto y, al ir a sacar el maquillaje del bolso, se encontró con que la cajita se había abierto y los polvos se habían desperdigado, convirtiéndolos la lluvia en una desagradable masa que había estropeado tanto el bolso como su contenido. Ya podía comprar otro cuando saliera del trabajo, cosa complicada porque ya no fabricaban bolsos como a ella le gustaban.

No la habían ascendido, y cuando la habían llamado al despacho de su jefa había sido sólo para darle más trabajo. Maite suspiraba

mientras tomaba su comida (comprada, ya que la que se había traído de casa había quedado arruinada por la masa de maquillaje que había invadido su bolso), y se empezaba a preguntar si el presagio de un cambio de vida no iba a ser para peor, en vez de para mejor. Desanimada, volvió al trabajo.

\*\*

Maite salió más tarde de lo normal de trabajar, porque había habido un error en uno de los informes y había tenido que revisarlo de nuevo de principio a fin. Por suerte, las tiendas seguirían abiertas un buen rato, así que se pasó por el centro comercial para comprar un bolso nuevo, todo lo que se le había estropeado, maquillaje y, de paso, unos zapatos bonitos. Aunque no había encontrado un bolso totalmente de su estilo, sí había encontrado los zapatos perfectos para superar la pérdida de sus favoritos. De haber hablado su tarjeta de crédito, sin duda habría protestado por haberla usado tanto. Finalmente, salió del centro comercial, sólo para resbalar a los tres pasos con un charco helado. No le dolió tanto el golpe como la dignidad.

-¿Estás bien? – preguntó un hombre, que la ayudó a levantarse y a recoger sus bolsas.

-Sí. Ha sido el remate perfecto para un día horroroso –respondió alzando la cabeza para encontrarse con los ojos más azules que había visto en su vida.

-¿Un mal día? Eso se arregla con una copa.  
¿Qué me dices?

Maite aceptó con una sonrisa. Quizás ese día iba a cambiar su vida, aunque no de la forma que había esperado.



## *La dama y la torre*

La dama bordaba, en lo alto de la torre del castillo, esperando la llegada de su esposo. Había ido éste a la guerra, y eran las guerras las que se llevaba gran parte de su tiempo. Guerras que le concernían y guerras que no le concernían, incluso guerras en las que no sabía por lo que luchaba. Una sola orden de su rey, una petición de un amigo, una falta de respeto o una mirada de admiración a su dama eran desencadenantes de una nueva campaña.

La dama ya estaba harta, y su mal humor se demostraba en su forma de bordar, usando las agujas con fiereza, como si fueran puñales con los que apuñalar las ilusiones frustradas. Quién la iba a decir a ella que iba a acabar así, sin más tarea que esperar bordando a un hombre al que ya no quería. Quién la iba a decir que su caballero, su rescador, iba a acabar siendo causa de una forma distinta de encarcelamiento. ¡Cuán ilusionada había estado cuando su caballero abortó su secuestro y la tomó por esposa! Entonces se había sentido amada, y en esos momentos sentía que los grandes amores de su esposo eran la espada y el escudo, y ella era sólo una bonita decoración que le curaba las heridas cuando regresaba a casa y le entretenía hasta que volvía a marcharse.

Su único consuelo habían sido sus hijos, los dos varones, pero sólo hasta que su padre les había regalado unas espadas de madera y había decidido que eran bastante mayores para ser escuderos.

Entonces se los había entregado a otros caballeros para que les enseñaran el arte de la guerra.

Con una ligera sonrisa tocó su vientre abultado y pensó “Una niña. Será una niña”. Pero luego lo pensó mejor. No quería que su hija acabara como ella, sola en una torre cosiendo mientras esperaba a su marido. “Mejor otro niño”, rectificó.

## *El alquimista*

El alquimista siempre había sido un hombre extraño, demasiado culto para hablar normalmente con las gentes que le trataban, demasiado orgulloso para intentar que le entendieran y demasiado celoso de su trabajo para transmitir sus conocimientos. Era además un hombre devoto, que siempre había acudido a la Iglesia y, con cierta demencia, se tenía a sí mismo por un enviado del Señor. Su gran meta, a la que había consagrado todos sus esfuerzos, había sido encontrar la panacea, aquel remedio milagroso que curaría todas las enfermedades y alargaría la vida a las buenas personas.

En su fuero interno, siempre había despreciado al resto de sus colegas, que únicamente se preocupaban de la transmutación de metales vulgares en oro y plata. Cuando, en uno de sus viajes, encontró a un alquimista que buscaba también la panacea, empezó a creer de nuevo en la alquimia, sólo hasta que su colega, con el que había compartido todos sus avances en materia de curación, imaginara entusiasmado en voz alta lo ricos y poderosos que serían cuando encontraran el compuesto y lo vendieran al mejor postor. Desde ese día, se cerró en sí mismo y nunca volvió a permitir que ninguna persona pusiera un ojo en su trabajo.

El alquimista sobrevivía trabajando de curandero para la gente de su pueblo, que a cambio le daba alojamiento y comida. A veces, cuando necesitaba

viajar o comprar un componente para sus experimentos, ganaba dinero escribiendo o leyendo cartas para los analfabetos en el mercado, pero la gente corriente solía prescindir de sus servicios en ese ámbito porque a nadie le gusta que la persona a la que contrata le mire por encima del hombro. Desde luego, el alquimista, aunque respetado, no era un hombre nada querido en el lugar, y tampoco era querido por el resto de alquimistas, en vistas de su comportamiento hacia ellos. Pero llegó un momento en el que el alquimista tuvo que volver a abrirse un poco al mundo. Empezaba a perder la vista y cada vez se le hacía más difícil leer sus pergaminos, así que emprendió la tarea de encontrar un aprendiz, algo nada fácil para un hombre que se creía al borde de lo divino.

Quiso la suerte que hubiera en el pueblo un muchacho que el alquimista creyó a la altura de sus expectativas, un muchacho despierto de mente y muy devoto, que siempre le había respetado y temido. Una vez logró convencer a los padres de que le pusieran en sus manos (tarea nada fácil debido a su posición en el pueblo, aunque el muchacho fuera el menor de seis hermanos y sus padres no fueran muy ricos) empezó a mostrarle sus conocimientos. Lo primero que hizo fue mostrarle las letras y el arte de la lectura y la escritura, así como la larga lista de plantas medicinales que conocía, y las propiedades de cada una. El muchacho progresaba rápidamente y el alquimista quiso moldearle a su imagen y semejanza para que continuara su tarea cuando él

ya no estuviera. Mas el aprendiz, temeroso del alquimista, empezó a recelar y se rebeló silenciosamente contra las pretensiones de su maestro, esperando pacientemente el momento de devolverle su desprecio, sus gritos y sus maltratos de la forma más dolorosa posible. El alquimista, cegado por su propio sentido de la importancia, nunca sospechó nada y pensó siempre en su alumno como la más agradecida de las criaturas.

Pero no era un aprendiz rebelde lo único que debería haber preocupado al alquimista. Las sombras de la Inquisición llegaron al pueblo y la desconfianza empezó a cegar a la gente del lugar. El alquimista curaba milagrosamente mediante extraños ensalmos. El alquimista hablaba consigo mismo. El alquimista maldecía a sus enemigos con mala suerte. El alquimista tenía un gato negro, seguramente el espíritu familiar con el que contaban todos los brujos.

Un día, el alquimista no fue a misa porque se quedó dormido tras una noche en vela buscando la panacea. Ese día firmó su sentencia de muerte. El aprendiz aprovechó su ausencia para acudir al párroco y le contó que los libros de anotaciones de su maestro estaban escritos en caracteres mágicos paganos, que a menudo experimentaba matando animales y destripándolos, que llevaba a cabo extraños rituales cuando se iba a poner a trabajar y que servía a los astros.

Cuando el desconcertado anciano despertó, creyendo haber descubierto al fin la panacea, la

totalidad de los hombres del pueblo estaban en su puerta. Le prendieron y registraron la casa, donde encontraron numerosos libros escritos con extrañas runas mágicas. Ni siquiera fue necesario un juicio para declararle culpable. Las declaraciones del aprendiz y las pruebas en su contra eran irrefutables, y cuando encendieron el fuego en la pira sobre la que se encontraban él y sus libros, que tantos años de trabajo le había llevado escribir, el loco alquimista sólo fue capaz de gritar:

-¡La panacea! ¡La panacea! ¡Soltadme, locos, Dios me ha enviado para encontrar la panacea! ¡No sabéis lo que hacéis! ¡La panacea!